

París hacia aflorar desde el fondo de la memoria los recuerdos de alguna otra reunión intelectual—cuatro lustros ya pasaron...—tenida en la celda del rector de Salamanca. Allí, alrededor del maestro, se agrupaban antiguos discípulos, jóvenes apasionados por las letras y por las ideas.

Don Miguel hablaba entonces de la cultura universal. Era quizás la discusión entre Harnack, el teólogo alemán, y el famoso abate Loisy sobre la esencia del cristianismo. O acaso había releído aquel día las poesías de Novalis, o los discursos de Channing, o las confidencias de Sénancour o de Kierkegaard, y al gloriarlas genialmente removía la quietud local con los pensamientos de la huma-

nidad entera. Él, en París, sería España, y en España, la conciencia del mundo...

¡Helo aquí de nuevo! ¡Albricia, Alvar Fáñez!... «¡Ojalá una verdadera juventud, animosa y libre—escribía antaño Unamuno—, rompiendo la malla que nos ahoga y la monotonía uniforme en que estamos alineados, se vuelva con amor a estudiar el pueblo que nos sustenta a todos, y abriendo el pecho y los ojos a las corrientes todas ultrapirenaicas y sin encerrarse en capullos casticistas, jugo seco y muerto del gusano histórico, ni en diferenciaciones nacionales excluyentes, avive con la ducha reconfortante de los jóvenes ideales cosmopolitas el espíritu colectivo intracastizo que duerme esperando un redentor!»

Luis de Zulueta

## La Habana, ciudad alegre y cordial

(Envío del autor)

MUCHO había leído y mucho me habían contado sobre esta ciudad maravillosa. Pero es fuerza confesarlo: libros y amigos se quedaron cortos en el capítulo de las alabanzas. De ahí, que la Capital cubana se presentara ante mí con relieves incógnitos, como urbe totalmente desconocida, plena de encantos y seducciones insospechados.

Vista desde el *Mexique*, anclado en la bahía, en paraje próximo a la histórica fortaleza de *El Morro*, la Habana con su *Malecón* circundante y sus construcciones babilónicas (vulgo rascacielos), se asemeja un poco a Nueva York. A una Nueva York llena de luz, de gracia y de color. Ciclópica y mediterránea a un tiempo. Punto de intersección de la pesadez anglosajona y la aérea elegancia latina. En ella conviven, fraternalmente, Ariel y Calibán.

Hago merced al lector de inútiles disquisiciones, y por eso voy a sintetizar los rasgos esenciales de la Metrópoli seductora:

**Cortesanía.**—Lo primero que se advierte al desembarcar en la Habana, es la inconfundible cortesía de sus habitantes. Pocas venias, pocas palabras melosas. Sí un vehemente deseo de hacerle grata al visitante su permanencia en la ciudad. Los agentes de policía, por ejemplo, se acercan a él espontáneamente para indicarle lo que debe pagar por la carrera en automóvil hasta el hotel, y en éste—según su categoría—por cuarto y alimentación.

No quiero dejar pasar en este punto la perorata de un mulatito resimpático, que entró en mi camarote, decidido a que le confiara la traslación de mi equipaje desde el buque hasta la Aduana. Como insistiera yo para que me fijara precio, anticipadamente, por tal servicio, me respondió casi ofendido:

—No se preocupe por eso, señor. Adivino que es usted de los nuestros; es decir, hispanoamericano. Me puede pegar, pues, desde un centavo hasta lo que buenamente guste. Yo trabajo por

puro amor al oficio y me indemnizo de lo que pierdo con los *míos* desplumando a los turistas yanquis!»

Otro rasgo: una tarde en que me paseaba por la Calle 17 de *El Vedado* y en que, como de costumbre, caminaba por un lado del arroyo leyendo un periódico, se me dejó venir encima, repentinamente, como si fuese un miura salido del toril, un Cadillac flamante. Lo conducía una hermosa dama treintabrilena. Incontinenti paró el coche, lo hizo retroceder hacia mí para preguntarme, entre inquieta y divertida, si me había asustado mucho.

**Limpieza.**—No creo equivocarme al afirmar rotundamente que la Habana es una de las ciudades más limpias del mundo. Todo brilla aquí como recién salido del almacén. Diríase una urbe acabada de estrenar: pavimentos, aceras, casas, habitantes, todos aseados y en contacto frecuente con el agua. La multitud habanera—como la japonesa—(observación de Lafcadio Hearn), huele bien. Alguien dijo que la civilización de un pueblo está en razón directa con el consumo que hace de jabón. En Cuba, la fabricación de este artículo de primera necesidad debe de ser un negocio fabuloso, sólo comparable al que realizan en la ciudad de México los dueños de cantinas.

**Hospitalidad.**—El pueblo habanero es el más cordial y acogedor que he conocido. A las pocas horas de llegado al hotel, contaba ya con varios amigos dispuestos a servirme y agasajarme gratuitamente. Cualquiera persona a la que me dirigía en la calle, solicitando un dato o una dirección, me suministraba aquél o me mostraba personalmente ésta, abandonando tal vez ocupaciones urgentes. La frase usual: «¿en qué puedo servirle?», no es aquí una simple fórmula social, sino que entraña un franco anhelo de ayudar al prójimo.

**Alegria.**—Ciudad fundamentalmente alegre la Habana. No con aquella alegría bullanguera y espectacular de las poblaciones andaluzas, que solapa en veces muchas tragedias, sino profunda, ingenua, comunicativa, contagiosa. La carcajada, la risa, la sonrisa, no encubren aquí aviesa intención ni disfrazan estados de alma ambiguos. Brotan naturalmente del corazón y expresan euforia sincera. No he visto en la Capital de Cuba caras melancólicas, biliosas, torvas, crueles. La jovialidad atersa los semblantes, los hace diáfanos, pone facundia en los labios, luz y picardía en las miradas chispeantes de inteligencia. ¿A qué negarlo? Mi melancolía habitual (Vida, ¿qué hiciste de mi sonrisa?) naufragó en la Habana, entre espirituales retuécanos.

**Inteligencia popular.**—Pueblo despierto, de inteligencia pronta, el cubano. Da gusto oír platicar a cualquier mulatito sobre política interior o exterior. Va una muestra: cuando estaban dorando la cúpula del Capitolio—que algunos buenos patriotas afirman que es superior al de Washington—oí que un moreno le decía a otro, frente al monumental edificio:

—«¿No te parece, chico, que ese oro que están derrochando tan tontamente, hace más falta aquí abajo que allá arriba?»

**La mujer cubana.**—Se la pinta en el extranjero como interesada y casquivana. Apreciación injusta, errónea. Sin un adarme de verdad. Conozco muchas que se unieron con hombre pobre pudiendo atrapar un rico. Este es un caso vulgar en la Habana, donde a pesar de la pretendida yanquización, más aparente que real, todavía se cotizan socialmente, las cualidades morales y hasta la inteligencia de los hombres. La fascinación indudable (la libido freudiana) que la hembra ejerce aquí sobre el macho, la ejerce a su pesar, debido a circunstancias imperativas del medio ambiente de que no puede hacérsela responsable. La he observado atentamente en todas las clases sociales, y tengo que confesar que no acude a maniobras inacostumbradas ni reprobables, para interesar al sexo menos interesante. Los que sólo la conocen de oídas, juzganla demasiado «entradora», porque flirtea, es franca, no se asusta de nada, ni tiene el pudor en las orejas, como se asegura de las anglo-sajonas. En realidad, es una mujer simpática, casi siempre hermosa, muy femenina, refinada, hacendosa, (la he visto en su hogar), llena de inquietudes y de curiosidades intelectuales. Lee mucho y con provecho. Habla varios idiomas. Pero no presume de culta ni exhibe inmodestamente sus conocimientos.

Habana—ciudad embrujadora y paradisiaca—quien te ha visto siquiera un minuto, te abandona con profunda melancolía pensando siempre retornar a ti. Divina «saudade» (este es el vocablo preciso) dejaste clavada en mi corazón, como aguda saeta de oro!

Mario Santa Cruz

Habana, 19 de mayo de 1929.